

LUCHA ET MADELEINE TRUEL



L'ENFANT DU MÉTRO



L' enfant du métro

El niño del metro

ILUSTRACIONES DE LUCHA TRUEL

TEXTO DE MADELEINE TRUEL

Texto traducido por Hedwig Spitzer

Municipalidad de Miraflores

Alianza Francesa de Lima

Fundación BBVA

L'Enfant du Métro

El Niño del Metro

Edición bilingüe

© Alianza Francesa de Lima

© Municipalidad de Miraflores

© Fundación BBVA

Diseño y Diagramación: Alianza Francesa de Lima

Av. Arequipa 4595, Miraflores 15074

Editado por: Municipalidad de Miraflores

Av. José Larco 400, Miraflores 15074

www.miraflores.gob.pe

Tiraje: 1000 ejemplares

Fecha de publicación : octubre de 2022.

Primera edición 1943, Les éditions du Chêne - Paris

Primera edición en español 2022

Se terminó de imprimir en octubre 2022 en:

Empresa Peruana de Servicios Editoriales S.A.

Avenida Alfonso Ugarte 873, Cercado de Lima.

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-12765.

ISBN : 978-9972-2837-9-6

Prólogos

Madeleine Blanche Pauline Truel Larrabure, nacida en Lima, Perú, el 28 de agosto de 1904, fue una escritora y traductora de ascendencia francesa.

Madeleine vivió en Miraflores (Lima, Perú) durante 8 años (de 1916 a 1924) en lo que antes se llamó El Malecón de los Franceses, hoy Malecón 28 de julio. De allí partió rumbo a Francia en 1924 para nunca más volver.

En su hogar se hablaba en francés, lo que le permitió aprender este idioma a la perfección además del español. Con esta ventaja lingüística, a su llegada a París, Madeleine no tuvo problemas para seguir clases de filosofía en la Universidad La Sorbonne hasta que estalló la guerra.

Formó parte de la resistencia contra los abusos del ejército nazi en la Segunda Guerra Mundial en la Francia ocupada por los alemanes y salvó de la muerte a decenas de judíos. Madeleine Truel no fue una víctima más, su vida es la de una heroína anónima. Durante la resistencia realizó un trabajo meticuloso y peligroso: la falsificación de documentos.

En junio de 1944 fue enviada a la cárcel de Fresnes y en 1945, fue enviada al campo de concentración de Sachsenhausen.

Murió en mayo de 1945 durante *La marche de la mort* pocas horas antes de la llegada de las tropas rusas. Su historia permaneció enterrada durante casi 65 años.

Su nombre aparece en el Memorial de homenaje a todas las personas que fueron deportadas de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, frente a la Catedral de Notre Dame.

Madeleine escribió *L'Enfant du Métro* (El Niño del Metro), dedicado a Pascal, hijo de una familia judía. Este libro fue publicado en París, en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial (mismo año que se publicó *El Principito* de Antoine de Saint-Eupéry), con *Éditions du Chêne* y con las ilustraciones de su hermana, Lucha Truel.

Es una alegoría, un cuento maravilloso, que nos invita a resistir y a viajar en un mundo imaginario de una estación de metro hacia otra, entre esos lugares parisinos sagrados, en búsqueda de la libertad.

Hoy, con la traducción de su obra del francés al español, queremos dar a los lectores la oportunidad de descubrirla. De su experiencia parisina, nace la redacción de su libro.

Con el apoyo de la Fundación BBVA y gracias a varios años de colaboración, la municipalidad de Miraflores y la Alianza Francesa de Lima se han unido nuevamente, para valorar a una personalidad franco-peruana, heroína de la Segunda Guerra Mundial. La cooperación cultural y lingüística es una de las misiones de las Alianzas Francesas, por lo que estamos muy felices de participar en esta acción cultural, para rendir homenaje a una mujer extraordinaria que ha honrado, incluso en los momentos más difíciles, a sus dos culturas.

Frédéric Robinel

Director General de la Alianza Francesa de Lima

El libro que tiene en sus manos no es sólo un hermoso cuento infantil: es también un símbolo de lucha contra la barbarie, las dictaduras, el totalitarismo. Escrito por la peruana Magdalena Truel Larrabure con preciosas ilustraciones de su hermana Lucha, *L'Enfant du Métro* fue publicado en plena ocupación de Francia a manos de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Posee una importancia histórica enorme porque, además, de ser uno de los pocos libros publicados durante ese oscuro periodo de la humanidad, burló la rígida censura impuesta por los opresores, haciendo una alegoría del encierro y la esperanza de liberación del pueblo francés. Editado originalmente por Éditions du Chêne en 1943, ha servido de inspiración a decenas de otros libros alrededor del mundo.

Gracias a un esfuerzo de la Municipalidad de Miraflores con el apoyo de la Alianza Francesa, hemos podido rescatar y traducir la obra como un homenaje a Magdalena Truel, quien nació en Lima y vivió varios años en lo que antes se llamaba el Malecón de los franceses en nuestro distrito.

Una rigurosa investigación, realizada por el periodista y escritor Hugo Coya, ha determinado que, en 1924, Magdalena viajó con sus hermanas a París para seguir sus estudios universitarios. Al estallar la guerra, su espíritu justiciero y solidario, contenido en sus profundos valores católicos, la impulsan a unirse a la Resistencia Francesa, donde se convierte en una de las mayores falsificadoras de documentos. Su labor evita la muerte segura de centenares de perseguidos por los nazis, incluyendo a numerosos niños y adultos que profesan la religión judía.

L'Enfant du Métro tiene como protagonista a un pequeño atrapado en el subterráneo, al igual que ocurría en ese instante con el pueblo francés, y que solo puede imaginar el mundo de la superficie, es decir la libertad, a partir de los nombres de las estaciones del metro de París.

Ella decidió escribir el relato para Pascal, un niño judío rumano que vivía cerca de su casa, a fin de mitigar, en algo, los rigores de la guerra. Su madre y él fueron apresados por un tiempo, mientras que el padre tuvo que esconderse para impedir la captura.

Poco después de su publicación, en junio de 1944, fue apresada y torturada salvajemente por la Gestapo para obligarla a que proporcione los nombres de quienes la ayudaban en las tareas de falsificación. Al negarse, la conducen sucesivamente a dos campos de concentración en Alemania tras lo cual muere el 3 de mayo de 1945, cuatro días antes de la proclamación de la victoria aliada en Europa.

Sirva esta publicación como una exaltación de la Ciudad Heroica de Miraflores a una de sus vecinas más notables, quien encarna, sin duda, los grandes valores que deberían servir de ejemplo en la construcción de un mundo mejor.

Luis Molina Arles

Alcalde de Miraflores

Algunas vidas extraordinarias representan los valores más altos de una sociedad y contribuyen no solo a entender quiénes somos y qué ideales defendemos, sino que esas vidas extraordinarias se convierten en inspiración y ejemplo para todos.

La publicación de “El niño del metro”, una iniciativa de la Municipalidad de Miraflores con el apoyo de la Alianza Francesa y la Fundación BBVA, representa un homenaje a la heroína peruana de raíces francesas Madeleine Truel Larrabure y la posibilidad de poner su trabajo literario al alcance de las nuevas generaciones.

Los investigadores de su vida y obra nos han permitido conocer su increíble historia salvando la vida de un gran número de personas, especialmente niños judíos, durante la Segunda Guerra Mundial, así como sus dotes de escritora infantil que se reflejan en este libro inspirado en un niño rumano judío.

La autora nos cuenta las aventuras de un personaje muy particular a través de una riqueza figurativa en situaciones inimaginables, pero, sobre todo, con una gran carga emocional narrada a partir de una mirada infantil en tiempos muy difíciles.

Esta edición se complementa con ilustraciones que acompañan cada capítulo de la historia realizadas por Lucha Truel, hermana de la autora, demostrando que el arte y la sensibilidad corrían por las venas de esta familia con lazos tan importantes con el Perú.

Un detalle particular y muy significativo de la biografía de Madeleine es que trabajó en el Banco Bilbao, entidad originaria de nuestra casa matriz, en el año 1931. Ella formó parte del equipo de la sede de París, atendiendo a los clientes de habla hispana, mayoritariamente españoles que migraron como consecuencia de la Guerra Civil española.

Como institución comprometida con la educación y la cultura, la Fundación BBVA suma a su línea editorial esta edición especial de “El niño del metro” con la firme convicción de que conocer el pasado y acercarlo a las personas ayuda a construir sociedades más inclusivas, diversas y tolerantes, estimulando una convivencia solidaria y de respeto mutuo, tan necesaria en épocas actuales.

Fernando Eguiluz

Consejero

Fundación BBVA



*Este niño
nació en el metro y nunca había salido de allí.*

Nadie sabía dónde estaban sus padres; el pobre niño vivía solo en este mundo subterráneo y, desde que nació, los controladores le hicieron recorrer los largos túneles en todas direcciones. Pero nunca encontró a su madre.

Ya tenía siete años y había visto muchas cosas

porque en el metro viajan todo tipo de personas que llevan objetos, leen libros, revistas, y también, en los pasillos, hay carteles con animales y plantas de todos los colores.

Así, todo lo que no conocía, lo imaginaba y lo creaba en su mente; lo más agradable, lo más bello que había visto durante sus largos viajes, en los diferentes días del año: los soldados vestidos de gala el 14 de julio, las banderas orladas de oro; en mayo, la multitud de niños que iban a hacer la primera comunión vestidos de blanco –nunca había visto nada tan blanco–, los domingos de primavera, los grandes ramos de flores, lilas, rosas, dalias, traídos de los jardines de las afueras de la ciudad.

A veces veía canarios, y para su gran alegría, gatos o perros en canastas; a través de ellos, podía imaginar caballos, elefantes, vacas que nunca entraban al metro.

A partir de los nombres de las estaciones del metro, imaginó los lugares que estaban ahí arriba, sobre la tierra. Vislumbró el País Maravilloso donde se encontraban *Villiers*, *Mouton Duvernet*, y todas las estaciones, cada una más bonita que la anterior, en su fantasía.

Villiers debía ser una ciudad pequeña y le parecía que las casas serían rosadas; en *Mouton Duvernet* se imaginaba ovejitas, prados de color verde claro y que,

incluso, las nubes de algodón tenían forma de oveja.

Cada nombre era como una imagen para él.

Mientras caminaba por los túneles y conexiones, seguía soñando. Un día estaba tan absorto en sus pensamientos que, sin prestar atención, entró a un pasillo en el que nunca había estado.

Al final del pasillo había un viejo controlador, sentado en su caseta de vigilancia, con aspecto somnoliento. Cuando el niño se acercó, el viejo levantó la cabeza: —Así que ahí estás, pequeño—dijo — Mi barba se está poniendo blanca, estoy envejeciendo ¡y tú no venías! Solo yo puedo decirte el gran secreto que todos han olvidado: *hay que liberar a la Mulette*. El horrible gigante *Pelleport*, que es poderoso y muy malvado, la encerró y la volvió muda porque ella quería liberar a quienes vivimos en los túneles oscuros para que no vayamos a disfrutar del sol. Nadie la ve nunca, pero existe, y solo tú puedes sacarla de la casa donde está prisionera.

—Ella permanece inmóvil en su jardín, envuelta en chales, sin leer ni tejer, esperando al que la rescatará. No puedo mostrarte el camino a su casa, pero busca al buey negro que vive en el País Maravilloso. Él sabe que vas a ir; búscalos, encuéntralos. ¡Es muy importante!.

Después de decir todo ello, el viejo controlador inclinó la cabeza y se volvió a dormir.

Al niño le hubiera gustado saber más, pedir información, mayores detalles. Pero el viejo controlador estaba profundamente dormido y el niño tuvo que marcharse.

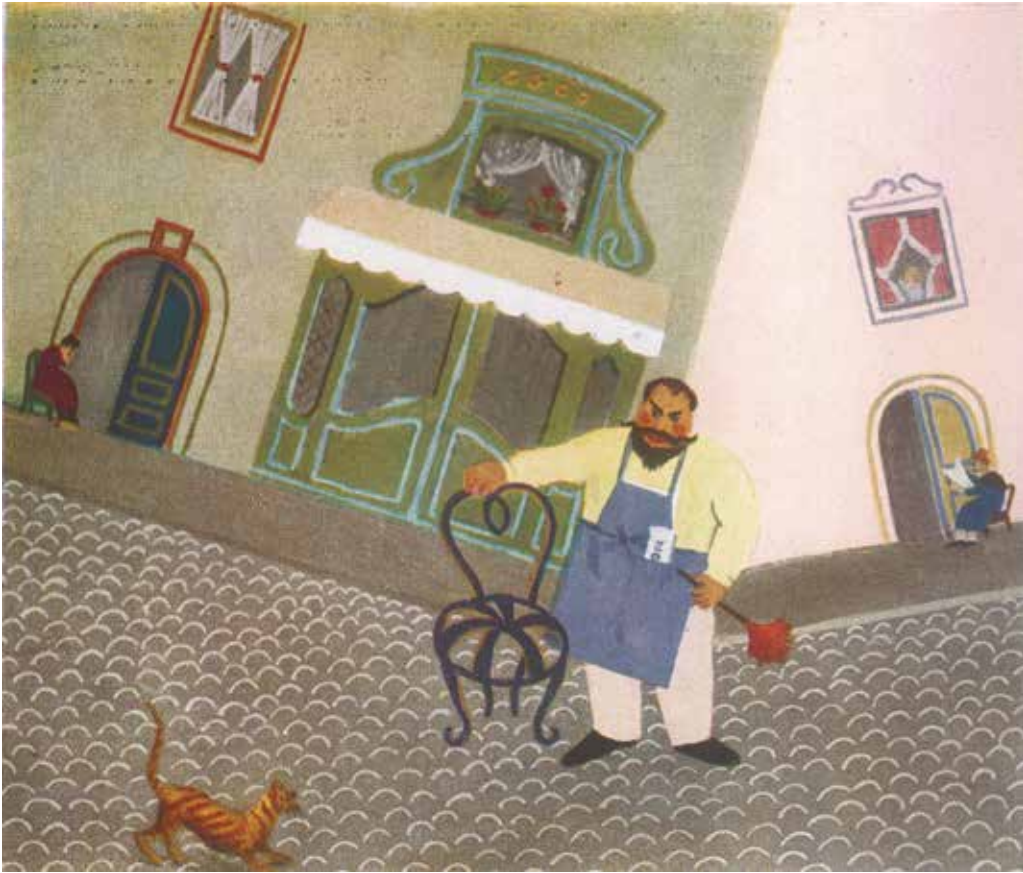
Todos los días se preguntaba: «¿Quién me dirá dónde está el buey negro?» No podía dejar de pensar en ello. «Si solo pudiera encontrar al viejo controlador».

Pero por más que recorría los pasillos solitarios y perdidos, jamás lo volvió a ver.

P.L6

Un día, muy cansado, se recostó sobre una banca. Pero... le pareció oír una voz; ¡alguien estaba hablándole al oído! Levantó la cabeza y sí. Había allí un hombrecito que le estaba hablando. «¿Quién es? Creo que lo reconozco»... «Pero... ¡es el padre *Père La Chaise*! Es él, con su barba frisada y su gran delantal azul». ¡Qué felicidad! Era la primera vez que un habitante del País Maravilloso se le acercaba y le hablaba.

–Estoy a tu servicio, pequeño niño. Dime qué quieres que haga por ti y lo haré.



Père-Lachaise.

–Sólo quiero una cosa. Ir al País Maravilloso donde está encerrada la *Muette*. Quizás puedas ayudarme, porque debo liberarla.

–Me pides algo difícil, pero tu misión es importante y quiero que tengas éxito. Un amigo tal vez pueda ayudarnos; juntos podemos llevarte al país de la *Muette*, pero sólo puede venir si está levantado porque cuando está acostado no debes hablarle. Y si está dormido no debes despertarlo, porque moriría él y todos sus hermanos. Tú, que eres pequeño, mira en su habitación.

6 D D

Al acercarse a la puerta de una casa vecina que el padre Père La Chaise le indicó, el niño espió por el ojo de la cerradura y vio una bonita habitación rosada y acolchada. *La Chambre des Députés*, una habitación en la que todos los hermanos diputados estaban acostados en camitas de fierro forjado, con los ojos cerrados.

–Están todos dormidos–dijo–, ¿Tú, no puedes llevarme?

–Intentaré ayudarte pero, para llegar a ese lugar, debes cruzar la habitación que acabas de ver y, sobre todo, tener mucho cuidado para no despertar a nadie.



Chambre des Députés.

El niño abrió la puerta muy despacio y el padre lo siguió. Sin hacer ningún ruido, de puntillas, cruzaron toda la Cámara de Diputados, cuidando de no hacer caer el sombrero que estaba sobre una silla y esquivando con cuidado el sillón del presidente. Cuando salieron por el otro extremo, al levantar las cortinas, se encontraron...



Porte Dauphine.

—No puedo guiarte más allá—dijo el padre *Père La Chaise*—, pues aquí comienza el territorio de la *Muette*; pero pasa por debajo de las piletas que se entrecruzan por encima de tu cabeza y, cuando estés al otro lado, busca al buey negro y pídele consejo.

Entonces el niño, pasando bajo el arco de agua ligera, se encontró solo en la Tierra Desconocida.

«Mi gran viaje recién comienza. Voy a explorar este territorio hasta encontrar el buey negro. ¿Por dónde empiezo? ¿Voy a la derecha? ¿Debo ir a la izquierda?»



Porte Dauphine.

V

Miró a su alrededor y una joven, que estaba dando de comer a las gallinas delante de su puerta, corrió hacia él riendo y le dijo: –Estás en *Villiers*, niño. Todos en el pueblo te estábamos esperando y hablábamos a menudo de ti, la persona que debe liberarnos. Ven conmigo a mi casa. Ella lo llevó a través de los arbustos redondos y entró a una de las bonitas casas rosadas. Todos los vecinos estaban reunidos ahí para tomar lonche. –Aquí está el niño–dijo la joven. Ante esta simple presentación todos se levantaron, lo rodearon y acogieron con entusiasmo. –Siéntate allá, en el centro de la mesa– dijo uno; –Toma una taza de té–dijo otro; le ofrecían pasteles pasteles y mermeladas; –¿tienes hambre? ¿estás cansado? Todos se precipitaban a su alrededor.

El niño estaba muy contento; se puso a comer tostadas mientras todos los gentiles vecinos le preguntaban cómo había logrado llegar al pueblo al que nadie de fuera podía entrar.

–Hacía tiempo que quería venir–respondió el niño–, y lo tenía pensado desde el día en que un viejo controlador me dijo que debía liberar a la pobre *Muette*. Pero para encontrar su casa, primero debo hablar con el



Villiers.

buey negro, que me contará el gran secreto. Me gustaría quedarme con ustedes y vivir en *Villiers* para siempre, pero debo partir rápidamente para encontrarlo. —¡Todos conocemos al buey negro!—gritaron los vecinos—, pero sólo hablará contigo. Siempre está solo y a estas horas debe estar bañándose. ¿Ves ese pequeño camino de ahí? Síguelo y lo encontrarás.

El niño dio las gracias a todos, se despidió y se fue.



¡Qué bonito era el camino sembrado de flores! «El aire huele rico, debe haber fresas». Cuando se disponía a buscarlas se dio cuenta que había llegado a *Marbeuf*.

Había un estanque redondo en medio de las colinas donde estaba el buey negro.

El niño, encantado, lo miró con admiración y le dijo muy cortésmente: —buenos días, señor buey. ¿Podría decirme qué debo hacer para liberar a la *Muette*? El buey sonrió ampliamente y, acercándose al borde, le dijo con voz suave: —¡por fin estás aquí! Te estaba esperando. Todos estamos hechizados y si liberas a la *Muette*, liberarás a todos al mismo tiempo y tú, también, te deshechizarás. Y todos veremos las cosas reales. Para ello, basta con que



Marbeuf.

seas valiente. Te ayudaré en todo lo que pueda en las tres pruebas que te esperan. Pero, primero, debes encontrar la canica que perdiste hace mucho tiempo. Cuando estés en gran peligro, piensa fuerte en tu objetivo y aprieta la canica con la mano izquierda. Adiós pequeño niño, pero cuidado. Cuando te vayas, debes pasar entre las dos columnas.

El niño dio las gracias al buey y se despidió de él. Al voltear la cabeza vio, ante sí, las ruinas de un antiguo palacio.

M A M

Al pasar entre las dos columnas, se encontró con *Michel-Ange-Molitor* en el lugar donde una vez había jugado a las canicas... «Es cierto que perdí una en aquella época; era una hermosa canica de vidrio marmoleado con un torbellino de colores en su interior. ¡Oh, la recuerdo bien! Pero ¿dónde está ahora? ¿Cómo puedo encontrarla?» Buscó en la hierba, bajo las piedras, en todas partes, pero no encontró nada. Desolado, se sentó en el borde de la fuente; ¿fallaría así, tristemente, antes de haber comenzado su gran aventura? Pero, ¿qué vio cuando levantó la mirada? Un angelito que se balanceaba



Michel-Ange-Molitor.

en el aire sosteniendo la canica en la mano y que se la lanzó, riendo.

¡Qué feliz estaba el niño! Miraba su bella y preciosa canica; era la misma, rosada y azul por dentro.

La guardó en su bolsillo y corrió hacia los otros niños que jugaban en el jardín. Le gustaría jugar con ellos, pero... ¡cómo cambiaron! ¡Crecieron tan rápido! ¡Oh, qué extraños se volvieron! ¡Tenían sombreros de copa y bigotes torcidos!



¡Ah, eran los Gobelins! Los reconoció, quiso esconderse antes de que lo vieran... ¡Demasiado tarde! —¿Qué es este engendro?—dijo uno de ellos—, lo tocaré con la punta de mi bastón y se convertirá en un muñeco de madera que nos servirá de juguete.

Todos se abalanzaron sobre él. ¡Lo iban a golpear hasta hacerle perder el sentido!

El Niño cerró los ojos y recordó lo que le dijo el Buey Negro: —Cuando estés en peligro, piensa en tu objetivo y aprieta la canica en tu mano izquierda. «Esta es mi primera prueba, sin duda». Mientras apretaba la canica, pensaba en la Mulette y en todas las personas debía



Les Gobelins.

liberar. Muy angustiado, esperaba los terribles golpes de los Gobelins.

MD

Trrruit... Trrruit...un pájaro cantaba cerca de su oído, Trrruit... Trrruit... Abrió un ojo: ¡el pájaro estaba sobre el bastón del Gobelin! ¡Qué extraño! Abrió los dos: ¡pero el bastón tenía hojas! Era una rama y el pájaro estaba muy cerca de él. Ambos estaban en la cima de un árbol en *Mouton-Duvernet*. El pajarito se fue volando. El niño se quedó mirando. Le parecía que todavía había Gobelins por ahí; pero no. Eran troncos de viejos sauces, al borde del agua. Había ovejas pastando en un hermoso prado, custodiadas por un pastor. Bajó del árbol y corrió a darle el encuentro.

—Pareces cansado, niño—dijo el pastor— Descansa conmigo, prueba estos ricos quesos redondos acompañados de esta deliciosa sidra.

El niño tenía mucha hambre, era cierto. Hacía mucho tiempo que no comía nada y ahí, juntos, sentados en la hierba, se sentían bien.

Entonces el pastor lo llevó a ver su cordero favorito. —Es el más hermoso del rebaño y lo trato como un pequeño



Mouton-Duvernet.

rey. Aquí está sobre su alfombra y rodeado de follaje.

El cordero dijo: –Beeee... beeee...–en cuanto vio al niño, se levantó para observarlo, como para hacerle entender algo. Luego se alejó. Se fue. Tomó el camino de las colinas y, de rato en rato, se detenía y miraba hacia atrás.

–¡Parece que te está llamando! –dijo, sorprendido, el pastor–. Debes seguirlo.

El cordero seguía trotando y el niño detrás de él hasta que llegaron a un bosque tupido, más allá de las colinas. Ahí se detuvo y, con la pata, señaló un camino sombreado.

–Ve por ahí–parecía decir.

–Sí, entiendo. Iré por ahí–respondió el niño–. Ahora puedes volver con tu pastor, querida ovejita. Y arrodillándose en la hierba, besó su hermosa cabecita rizada.



El niño ingresó al bosque. Todo a su alrededor era verde. Había algo de luz entre las ramas porque debía haber un claro por ahí. A medida que avanzaba, las hojas se volvían escasas y amarillas, las flores se marchitaban,



Campo-Formio.

ya no había musgo, ni árboles y, enseguida, se dio cuenta de que lo que creía que era un claro era *Campo-Formio*.

Era un desierto extraño. Todo estaba chamuscado por un sol al rojo vivo.

Con gran inquietud el niño avanzó, hundiéndose en la arena, cuya ligera corteza crujía bajo sus pies. Apenas había dado unos pasos, cuando una enorme hormiga voladora emergió de cada agujero negro. ¡Horrible! Una de ellas se le vino encima, se le subió a la pierna y otra ¡se le pegó al brazo! Enseguida llegaron todas, con sus grandes ojos redondos y sus antenas temblorosas.

El niño estaba aterrorizado y solo con esas horrendas bestias. Temblando, metió la mano en el bolsillo para buscar su canica. ¡No la iba a olvidar! La tocó, finalmente. La sujetó en la palma de su mano izquierda y, haciendo un gran esfuerzo, pensó en su objetivo y la apretó.



Entonces, vio unos edificios en los que no había reparado al principio y que ahora brillaban bajo un rayo de sol: eran *Les Tuileries*. Ahí encontraría refugio. Se sacudió las hormigas y corrió con todas sus fuerzas. Por fin encontró tierra firme y ya no se hundía en la arena ardiente



Les Tuileries.

del desierto. ¡Al fin podía respirar! Pero todavía tenía que cruzar el desierto y salir de ahí. Pero ¿cómo hacerlo? Y, sobre todo, ¿cómo se defendería de las horribles hormigas voladoras?

Se puso a pensar y las tejas bien cocidas, redondeadas, brillantes y dispuestas en montículos ordenados, le dieron una idea. Cogió varias de ellas y se las puso alrededor; se sujetaban y ajustaban muy bien a su cuerpo, como una armadura. Se puso algunas en los pies y en la cabeza y, todo blindado, salió de su refugio, se aventuró en el desierto y lo atravesó sin que las hormigas pudieran tocarlo.

Pero ¡qué calor tan terrible hacía bajo ese sol abrasador! Se sentía como una tortuga sancochándose dentro de su caparazón. ¡Ánimo! Llegó al borde del desierto. Era el fin de su tormento. Se despojó de aquella armadura de tejas y sintió un aire fresco que respiró con deleite.

BA

¡Qué felicidad! ¡Estaba en *Bel-Air*! Allí crecían dos sauces mágicos; quienes que se sentaban a su sombra se curaban, inmediatamente, de toda fatiga y problemas. Por



Bel-Air.

eso la gente buena del barrio siempre acudía a la glorieta por la noche, después de cenar.

El niño también fue. En cuanto se sentó en la banca, se sintió renovado y descansado; se puso a pensar –sin miedo– en los *Gobelins*, en las hormigas y lleno de energía para continuar su viaje. Estaba bien ahí, ciertamente, pero no debía demorarse más. Se levantó y siguió su camino, en línea recta. Caminó y caminó, pasando por muchos lugares que no reconocía; buscaba una pista, una señal que le indicase que estaba en la ruta correcta. Pero... ¿de dónde venía ese espantoso rugido? Se acercó y oyó un furioso pisoteo.

6

Se acercó un poco más y finalmente vio, detrás de un arbusto, a dos grandes bestias entrelazadas en una terrible pelea. Una de ellas, amarilla como un gran león, estaba derribando una especie de jabalí negro ya medio estrangulado. El pobre cabrito, por el que se peleaban, todavía estaba con vida.

Asustado, el niño no tuvo tiempo de huir: el león lo vio y se abalanzó sobre él. Con un golpe de su enorme pata, lo derribó. El niño sentía el aliento de su enorme



Combat.

hocico muy cerca; se asfixiaba. ¿Cómo escaparía? ¡Sería el fin! En un instante pensó en todos los que seguirían hechizados si él moría. ¿Quizás su canica lo podía salvar de este terrible peligro? La buscó con la mano... ¡Ay! El león la tenía bajo su garra. Todo parecía perdido...

M

De pronto, oyó bramidos estridentes, muy cerca... el león también los escuchó; volteó la cabeza un instante: eran manadas de animales que corrían por la cima de las rocas de *Ménilmontant* y trepaban por los árboles, desatando un diluvio de piedras y trozos de ramas sobre el león. Uno de ellos lanzó, muy fuerte, una avellana que golpeó la pupila del ojo del león. El repentino dolor lo hizo retroceder, con un rugido terrible; rápidamente el niño cogió la canica, la puso en su mano y la apretó...

F 6

Ya no se asfixiaba... esa carga pesada, ya no la sentía... se enderezó un poco, sobre el codo: ya no había león, ni jabalí; pero el cabrito seguía ahí, parado en un círculo hechizado. Estaba todo blanco. ¡Cómo le brillaba el ojo! Parecía una pequeña llama y... ¡ya no era un cabrito!



Ménilmontant.

Era una niña con un vestido blanco sosteniendo una vela encendida en la mano. Era *Faidherbe-Chaligny*.

La niña blanca era gentil y amable; apagó su vela y la dejó sobre la hierba. Luego se acercó al niño, sonriéndole, como si lo conociera de toda la vida: — ¡Por fin has venido! Dame la mano. Te llevaré a donde necesites ir. Pero, antes que nada, debes obtener la cinta azul. La reconocerás fácilmente: es muy larga y revolotea en el aire. En cuanto la veas, cógela y llévatela.

6

Mientras hablaba, ella lo llevaba cada vez más rápido. Corrían, saltaban, casi volaban. El niño estaba encantado, alzaba el vuelo, pero podía oír lo que ella decía; quería volver a hablar con ella, pero ya estaban llegando a *Courcelles*.

Había varias niñas haciendo una ronda, bailando la danza de las cintas. Cada una sostenía una larga cinta que colgaba de la punta de un tronco. Giraban, rápidamente, intercambiándolas y entremezclando los colores se entremezclaban. El niño observaba su juego, muy atento. «¿Quién era la que tenía la cinta azul?».



Faidherbe-Chaligny.

Como si le respondieran, las niñas gritaban una tras otra: –Françoise – Nanou – Thérèse – Annie – Catherine—. Se reían a carcajadas, mientras las cintas cambiaban rápidamente de manos.

Pero él quería tener su cinta. De repente, la vio brillar entre las demás y, precipitándose a la ronda, se subió a lo alto del mástil.

Las niñas asustadas, huyeron, y él se encontró solo en medio de las largas cintas multicolores que volaban en el aire. En cuanto la tocó, la cinta azul se enrolló a su muñeca.

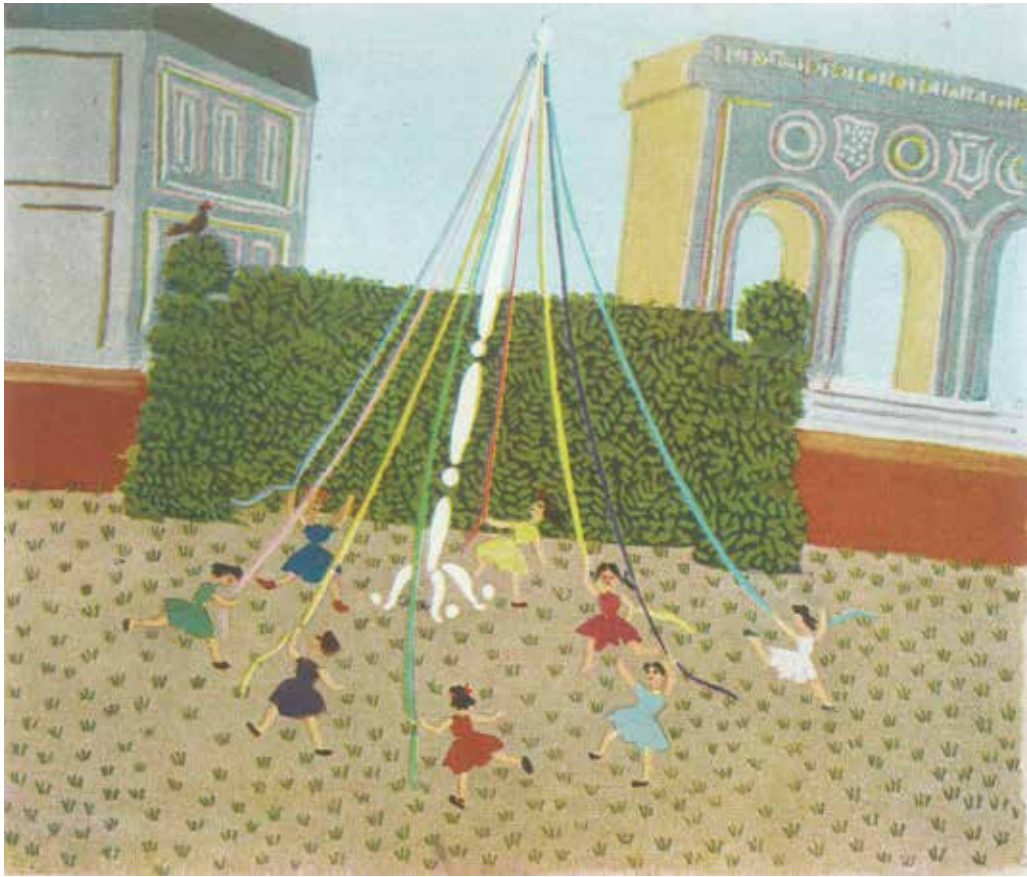
Triunfante, se deslizó hasta el suelo y se dirigió hacia la niña blanca que lo estaba esperando.

6

Continuaron su camino y llegaron a *Chevaleret*.

Ahí, caballitos libres y saltarines corrían por la hierba florida de lavanda. El niño los miró con alegría, se apresuró a montar en uno de ellos; pero el caballo pifó y lo derribó. Se levantó inmediatamente. Quería volver a probar con otro caballo –¡Coge la Cinta Azul!–gritó la niña–, y áatala a la cola del que hayas elegido.

Escogió el negro; se acercó a él, lo tocó con la cinta



Courcelles.

y el caballito se volvió, inmediatamente, manso como un cordero. El niño le hizo un bonito nudo en la cola y, sin saber cómo, ya estaba montado en la silla. El caballo partió como un rayo, llevándolo lejos del prado... —¡Adiós! ¡Adiós, niña blanca! Se volteó para mirarla; ella agitó la mano, pero ya se estaba haciendo muy pequeña...

MB

El caballito negro lo llevó por lugares desconocidos. Sentía que se acercaba a su objetivo, su corazón latía, seguía excitando al rocín con sus gritos. Subían atravesando campos y bosques, más campos y más bosques, hasta que llegaron a una meseta desierta en la que había una casa solitaria. Ahí, el caballito se paró en seco.

«Es la *Maison-Blanche*», pensó el niño; nadie se lo había dicho, pero él sabía que la *Muette* estaba ahí.

Saltó del caballo, corrió hacia la puerta, tocó y tocó, pero sus golpes no hacían ruido; era como si golpeará algodón. Asombrado, miró su mano. Estaba como siempre; tenía que volver a intentarlo. Insistió con todas sus fuerzas pero, siempre con el mismo silencio. Las ventanas estaban cerradas. Dio la vuelta a la casa pero,



Chevaleret.

detrás de ella, sólo estaban los muros impenetrables del jardín; las ramas pasaban por encima y se agitaban con el viento, sin hacer ruido alguno; había pájaros pero no oía ningún canto.

Quería llamar, gritar, pero no salía sonido de su boca. Entonces, comprendió.

LM

Estaba realmente en la casa de la *Muette* y todo era silencio.

El niño escuchaba, le parecía que el menor ruido podría romper el hechizo, pero nada; ni un susurro. Todo el barrio estaba sumido en un hechizado silencio.

De pronto, cerca de él, una clara vocecita gritó: —¡Lánzame! ¡Lánzame!— «¡Qué alegría! ¡Alguien ha hablado! ¿Pero quién?» Miró a su alrededor: no había nadie. —¡Lánzame! ¡Lánzame!—volvió a escuchar. Entonces, se dio cuenta de que la vocecita venía de lo más profundo de su bolsillo. Era su canica mágica la que le hablaba. «Quiere ayudarme de nuevo», se dijo, «pero no quiero tirar mi querida canica. ¡No quiero perderla!» La sacó de su bolsillo y apreció sus bonitos colores. Al verla, uno no creería que pudiese hablar. Pero ella insistió y por



Maison Blanche.

tercera vez gritó: –¡Lánzame! ¡Lánzame!

Finalmente, decidió lanzarla con toda su fuerza contra una de las ventanas. La canica pasó como una bala por el cristal, haciendo un agujero redondo por el que salió una pequeña llave dorada que cayó a los pies del niño. La puso en su mano y, al mirarla, vio las palabras «Yo libero» grabadas en el oro.

En cuanto probó la llave, la puerta se abrió. Entró. La casa estaba a oscuras y no vio a nadie. Cada puerta, cada ventana que tocaba con la llavecita, se abría de inmediato. Pero todo estaba vacío; y el sol, al entrar, sólo iluminaba los remolinos de polvo suspendidos en el aire...



Finalmente, pasando por una puerta baja en la parte trasera de la casa, llegó a un gran jardín triste y seco.

La Mulette estaba sentada ahí, sin hacer nada. Inmediatamente se levantó, corrió hacia él y lo abrazó, llorando. Pero, parecía asustada... ¿De qué tenía miedo? Ella le hacía señas para que escuche... Un ruido sordo sacudía la tierra. Sonaba como los pasos de un gigante. El niño, temblando, adivinó... ahí venía el temible gigante *Pelleport*. ¡Pero que feo era! Parecía un jabalí.



La Muette.

Todavía tenía en la mano la tórtola que estaba devorando viva cuando sintió, desde lejos, que su hechizo estaba destruido. Corrió de inmediato, sin aliento. –Los voy a estrangular–gritó, loco de rabia. Y ya estaba extendiendo sus enormes manos ensangrentadas, cuando el niño, acercándose, tocó su rodilla con la pequeña llave de oro.

Inmediatamente el gigante se desplomó, alcanzado por un rayo. Tumbado en el suelo, como un gran tronco de árbol, ocupaba casi todo el largo del jardín. El aire se llenó de un olor a azufre, el suelo se calentó y se rajó, mostrando el fuego del interior de la tierra.

D R

La *Muette* y el niño, estupefactos, miraban las llamas que salían de las grietas y, al levantar la mirada, vieron los picos de *Denfert-Rochereau* que se alzaban ante ellos.

Desde lo alto de los peñascos, un millar de diablillos se lanzó, gritando y rodearon el cuerpo del gigante. Lo arrastraron –como las hormigas que llevan sus huevos– y lo arrojaron por uno de los precipicios.

En cuanto el gigante desapareció, el jardín se transformó; las hojas reverdecieron, las flores crecieron y abrieron sus corolas. Los pájaros cantaron y el agua de



Pelleport.

la pileta empezó a fluir... pero la *Muette* seguía sin hablar.

Cogió al niño de la mano y, llevándolo hacia el agua, le hizo señas para que le dé de beber. El niño sumergió alegremente las dos manos en la pileta. «¡Qué clara es el agua! ¡Qué fresca y ligera es!». Juntó los dedos, con fuerza, para mantener la mayor cantidad posible de agua en la palma de las manos; la *Muette* le sonrió, se inclinó y bebió un sorbo.

Enseguida recuperó la voz: —Querido niño— dijo—, te estuve esperando durante mucho tiempo. Me has liberado y pronto verás que tú también estarás deshechizado. Pero, primero, quiero mostrarte mi tierra natal. Luego, volviéndose hacia la casa, llamó suavemente, como si estuviera cantando: —¡Kara, Kara!—; y ahí vino, trotando ligeramente, el bonito caballo negro con su lazo azul en la cola. El niño estaba encantado de volver a verlo y corrió a acariciarlo. Pero, en cuanto sus dedos lo tocaron, ya estaba montado en la silla sin saber cómo. Como la primera vez cuando estaba en el prado. La *Muette* también se sentó delante de él en el caballito que, inmediatamente, se lanzó y de un salto llegó a...



Denfert-Rochereau.

S B

Sèvres Babylon.

Y llegaron al magnífico palacio donde vivía la *Muette*, antes de que lo hechizaran. Por un momento lo vieron desde el aire, admiraron las paredes de mármol rosa, las cúpulas de un suave color verde almendra... pero el caballo se detuvo, frente a la entrada principal, y desmontaron.

En cuanto Kara se sintió libre piafó, saltó y corrió hacia los prados y bosques. Pero el niño ya no pensaba en sí mismo: visitaba, maravillado, más de un millar de habitaciones y salones con paredes cubiertas de preciosas telas y alfombras orientales; a través de los grandes ventanales veía los árboles y el campo, a lo lejos.

La *Muette* ya no era muda. Estaba muy contenta, Ya no pálida ni triste. Y el niño estaba encantado de verla tan feliz.

—Quiero hacer una gran fiesta—dijo—, para celebrar nuestra liberación. Invita a quien quieras; piensa bien en todos tus amigos y no te olvides de nadie.

Los sirvientes de la *Muette* ya estaban preparando el baile frente al palacio; colgaban estandartes y farolitos por todas partes, montaban estrados para la música, había



Sèvres-Babylone.

mesas llenas de pasteles, helados y fruta. ¡Sería una gran fiesta!

El niño se puso a pensar; le gustaría recordar a toda la gente que vio en el metro, a los que conoció en su viaje y que lo ayudaron; a los buenos vecinos de *Villiers*, al viejo controlador de barba blanca... Pero... «¡Aquí vienen! ¡Y ahí llega el padre *Père La Chaise* del brazo de su amigo el diputado!» Al pensar en ellos, llegaban. También la niña blanca y todas las que bailaban la danza de las cintas, y el pastor con su hermoso cordero y mil y un otros. Todos estaban contentos, felices de estar juntos de nuevo –pues se conocían– y había un bullicio originado por los saludos y gritos de alegría. Luego se dispersaron en grupos, riendo y cantando al ritmo de la música.

Cada vez había más gente en la *Place des Fêtes*. La gente reía y bailaba. ¡Era una gran fiesta! El niño corría de uno a otro lado, reconociéndolos. La música y las canciones eran cada vez más vibrantes. Era un verdadero alboroto. Tanto que...



Place des Fêtes.

El niño se despertó...

Sorprendido, ya no podía ver a nadie a su alrededor. El sonido de los platillos y violines seguía en sus oídos; pero la fiesta se había desvanecido. Todo estaba tranquilo. «¡Qué bien se está aquí! ¡Qué rico es esto!» Pero ¿dónde estaba? Miraba. «¿Qué es esta luz desconocida? ¡Qué brillo tan magnífico!» Todo resplandecía. ¿Estaba en el país de las hadas? Extendió su mano hacia la columna dorada; la sintió cálida y suave.

¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba?

Estaba en su casa de campo y un rayo de sol entraba por las persianas entreabiertas.

Su madre, finalmente, lo encontró dormido en una banca del metro y lo sacó de debajo de la tierra.

La luz lo deslumbraba al principio. Pero, día tras día, su madre le enseñaba a ver las cosas que el sol iluminaba. Primero lo llevó al jardín, luego al campo y después al bosque. Le hacía reconocer las cuatro estaciones que se sucedían como una ronda, una después de la otra. Poco a poco veía, con asombro, que estaba en un mundo más hermoso del que había imaginado. Un mundo en el que se vivía rodeado de rayos de sol. Donde una luz –Más brillante que miles de lámparas– daba a cada

cosa un color diferente. Donde en el más pequeño espacio crecía por sí sola la alfombra más fina, más suave que el terciopelo, adornada con multitud de bordados y cuentas multicolores: margaritas, botones de oro, mariquitas que trepaban hasta lo alto de las briznas de hierba. Por encima pasaban joyas voladoras, recién salidas de la crisálida dorada donde habían dormido.

Después, la nieve –blanca como la sal– cubría el campo, las colinas y todo el horizonte con un inmenso manto. Otras veces, la luz se atenuaba; las nubes que surcaban el cielo se oscurecían, se oían terribles rugidos y espadas de fuego cruzaban todo el espacio, iluminando franjas centelleantes que se deslizaban desde el cielo hasta la tierra. Luego, todo se calmaba. Y uno sentía una gran felicidad. El aire volvía a ser ligero y el primer rayo de sol creaba un magnífico arco de siete colores transparentes sobre toda la tierra.

El niño y su madre estaban, junto con nosotros, en un mundo maravilloso.



L'Enfant du Métro

ILLUSTRATIONS DE LUCHA TRUEL

TEXTE DE MADELEINE TRUEL

LES ÉDITIONS DU CHÊNE – PARIS

1943

Tous droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés
Pour tous pays y compris L'U.R.S.S.
Copyright by Edition du Chêne 1943.
Visa de la commission de contrôle du papier n° 18. 714.



*Cet Enfant
était né dans le métro et n'en était jamais sorti.*

Personne ne savait où étaient ses parents ; le pauvre petit était tout seul dans ce monde souterrain et depuis sa naissance les Contrôleurs et les Poinçonneurs lui faisaient parcourir les longs tunnels dans toutes les directions ; mais il n'avait jamais retrouvé sa mère.

Il avait sept ans maintenant et avait vu beaucoup de

choses, car toute sorte de gens voyagent dans le Métro, portant toute sorte d'objets, lisant des livres, des journaux illustrés, et puis il y a dans les couloirs des affiches avec des bêtes et des plantes de toutes les couleurs.

Ainsi, tout ce qu'il ne connaissait pas, il l'imaginait et le composait dans sa pensée des choses les plus plaisantes, les plus jolies qu'il avait pu voir pendant ses longs trajets, dans les différents jours de l'année : les soldats en grande tenue le 14 juillet, les drapeaux frangés d'or ; au mois de mai la foule des communiantes toutes blanches – jamais il n'avait rien vu de si blanc – les dimanches de printemps les grands bouquets de fleurs, les lilas, les roses, les dahlias rapportés des jardins de banlieue.

Il voyait des canaris parfois, a sa grande joie, des chats ou des chiens dans des paniers et par eux il pouvait se figurer les chevaux, les éléphants, les vaches qui n'entrent jamais dans le Métro.

D'après les noms des stations, il imaginait les endroits qui sont au-dessus d'elles là-haut, sur la terre ; il entrevoyait le Pays Merveilleux où se trouvent Villiers, Mouton-Duvernet, toutes les stations, qu'il imaginait plus jolies les unes que les autres.

Villiers devait être une petite ville et il lui semblait que les maisons y étaient roses, à Mouton-Duvernet il

voyait des petits moutons, des prés d'un vert tendre, il se figurait que même les nuages y étaient moutonneux.

Chaque nom était pour lui comme une image.

Tout en circulant dans les tunnels, dans les correspondances, il en rêvait sans cesse. Un jour il était si absorbé dans ses pensées que, sans faire attention il s'engagea dans un couloir par où il n'était jamais passé.

Au bout du couloir il y avait, assis dans sa guérite, un vieux, vieux Contrôleur qui avait l'air endormi. A l'approche de l'enfant, il releva la tête : - « Te voilà donc, Petit, » lui dit-il, « ma barbe blanchissait, je me sentais vieillir et tu n'arrivais pas ! C'est moi seul qui peux te dire le grand secret que toute le monde a oublié : *Il faut délivrer la Muette*. L'affreux géant Pelleport qui est puissant et très méchant l'a enfermée et rendue muette parce qu'elle voulait nous délivrer – nous tous qui vivons dans les noirs tunnels – pour nous faire vivre au soleil. Nul ne la voit jamais, mais elle existe, et c'est toi seul qui peux la faire sortir de la maison où elle est enfermée. »

« Enveloppée de châles elle reste immobile dans son jardin, sans lire ni tricoter, attendant celui qui doit la délivrer. Moi je ne peux pas t'indiquer le chemin de sa maison, mais chercher le bœuf noir qui vit au Pays Merveilleux, lui te dira tout car il connaît le Grand Secret.

Il sait que tu dois venir ; trouve-le, c'est très important. »

Après avoir dit tout cela le vieux Contrôleur baissa la tête et se remit à dormir.

L'enfant aurait bien voulu en savoir davantage, demander des renseignements, des détails, mais le vieux Contrôleur dormait profondément et l'Enfant dut partir.

Tous les jours maintenant, il se demande: « Qui me dira où est le Bœuf Noir? » Il ne peut penser à rien d'autre.

– « Si seulement je retrouvais le vieux Contrôleur ».

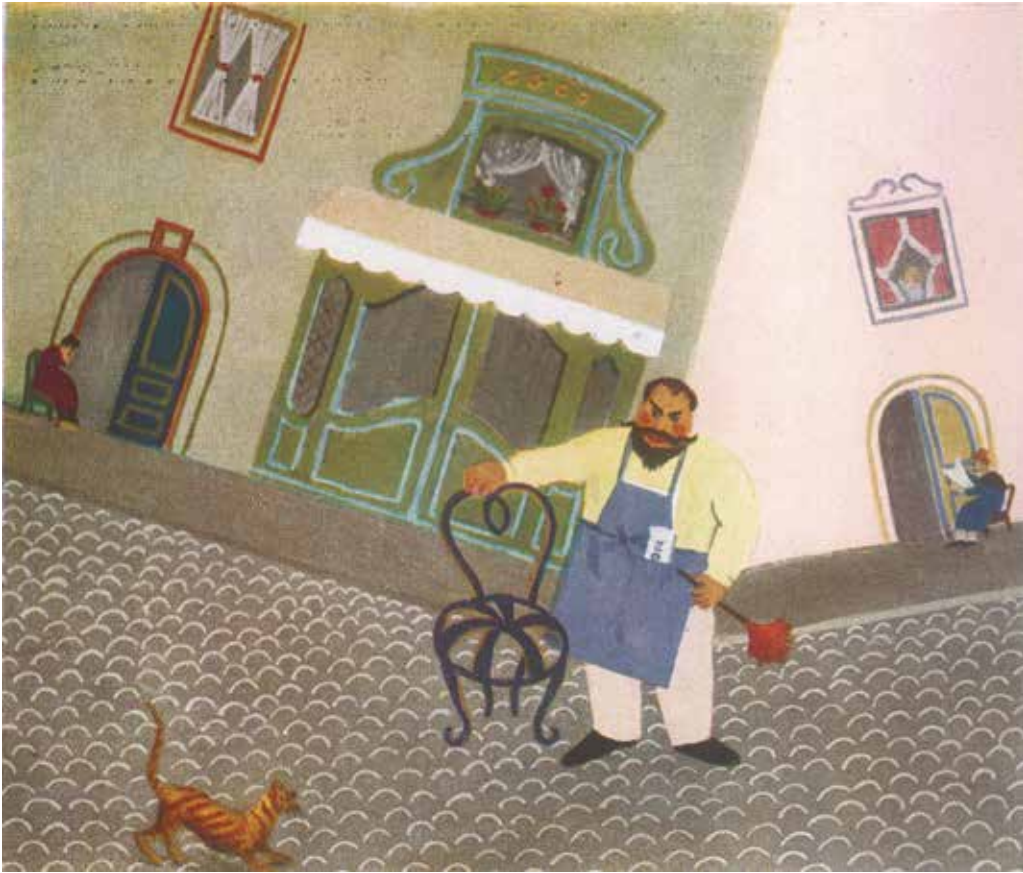
Mais il a beau parcourir les couloirs les plus solitaires, les plus perdus, jamais il ne l'a revu.

P.L.C

Un jour, plein de fatigue, il s'étend sur une banquette. Mais...il lui semble entendre une voix ; on parle tout près de son oreille ! Il relève la tête : mais oui, il y a bien un petit bonhomme là, qui lui parle. Qui est-ce donc ? « Il me semble le reconnaître »....

« Mais.... c'est le *Père La Chaise* ! C'est bien lui avec sa barbe frisée et son grand tablier bleu. » Quel bonheur ! C'est la première fois qu'un habitant du pays merveilleux s'approche de lui, lui parle.

– « Je suis à ton service, mon Enfant, dis-moi ce



Père-Lachaise.

que tu veux que je fasse pour toi et je le ferai. »

– « Je ne veux qu’une chose. Il faut que j’aille dans le Pays Merveilleux où est enfermée la Muette ; peut-être pourrez-vous m’aider ? Car je dois la délivrer. »

– « Tu me demandes une chose difficile, mais ton entreprise est grande et je voudrais bien que tu réussisses. J’ai un ami qui voudra peut-être nous aider ; nous pourrions ensemble te conduire dans le pays de la Muette ; mais il ne pourra venir que s’il est debout, car, lorsqu’il est couché il ne faut pas lui parler, s’il dort il ne faut surtout pas le réveiller, il en mourrait, lui et tous ses frères. Toi qui es petit, regarde dans sa chambre. »



S’approchant de la porte d’une maison voisine que lui désignait le Père La Chaise, l’Enfant mit son œil au trou de la serrure et vit une jolie chambre rose, capitonnée, *La Chambre des Députés*, où tous les frères députés étaient couchés chacun dans son petit lit de fer, les yeux fermés.

– « Ils dorment tous, dit-il ; quel dommage ! Ne pouvez-vous me conduire seul ?

– « Je veux bien essayer, pour te venir en aide, mais pour aller au pays, il faut traverser la



Chambre des Députés.

chambre que tu viens de voir, et surtout, surtout, il faut faire bien attention a ne réveiller personne”.

L'enfant entr'ouvre tout doucement la porte, le petit bonhomme le suit ; ils ne font aucun bruit ; sur la pointe de pieds, ils traversent toute la Chambre des Députés prenant bien soin de ne pas faire tomber le chapeau posé sur une chaise, contournant avec précaution le fauteuil du Président et quand ils sortent par l'autre bout en soulevant les rideaux ils se trouvent...



Porte Dauphine.

– « Je ne peux pas te conduire plus loin, dit le Père La Chaise, car ici commence le pays de la Muette, mais passe sous les jets d'eau qui se croisent au-dessus de ta tête et lorsque tu seras de l'autre côté, cherche le Bœuf Noir et demande-lui conseil.”

Alors l'Enfant, passant sous l'arc d'eau légère, se retrouva tout seul dans le Pays Inconnu.

– « Mon grand voyage est commencé maintenant. Je vais me mettre à explorer tout ce pays jusqu'à découvrir le Bœuf Noir. Par où commencer ? Irai-je à droite ? Irai-je à gauche ? »



Porte Dauphine.



Il regarde partout et voici qu'une jeune fille qui donnait du grain aux poules devant sa porte, accourt vers lui toute riante et lui dit : – « Tu es à *Villiers*, Enfant, nous t'attendons tous dans ce village et nous parlons souvent de toi qui dois nous délivrer. Viens avec moi dans ma maison. » Elle le conduit à travers les petits arbres ronds et entre dans une des jolies maisons roses. Tous les voisins sont réunis là, pour le goûter. – « Voici l'Enfant », dit la jeune fille. A ce simple mot, ils se lèvent tous, l'entourent et lui souhaitent la bienvenue avec enthousiasme. – « Mets-toi là, au centre de la table, » dit l'un, – « Prends une tasse de thé, » dit l'autre ; d'autres lui passent des gâteaux, les confitures, – « As-tu faim ? – Es-tu fatigué ? » Tous s'empressent autour de lui.

L'Enfant était tout joyeux ; il se mit à manger des tartines pendant que tous les bons voisins lui demandaient comment il avait fait pour arriver jusqu'à leur village ou personne d'étranger au pays ne pouvait pénétrer.

– « Je voulais venir depuis longtemps, répondit l'Enfant et j'y pensais depuis le jour où un vieux Contrôleur me révéla que je devais délivrer la pauvre Muette. Mais pour trouver sa maison je dois d'abord parler



Villiers.

au Bœuf Noir qui me dira le Grand Secret. J'aimerais bien rester avec vous et vivre toujours à Villiers, mais il faut que je parte vite à la recherche du Bœuf Noir. » – « Nous connaissons tous le Bœuf Noir ! » S'écrièrent les voisins. « Mais il ne parlera qu'à toi. Il est toujours solitaire et a cette heure-ci, il doit prendre son bain. Tu vois ce petit chemin là ? Suis-le et tu le trouveras. » L'Enfant les remercia tous, leur dit adieu et partit.



Que ce chemin était joli, tout parsemé de fleurettes ! – « L'air sent bien bon, il doit y avoir des fraises », et il allait se mettre à en chercher quand il s'aperçut qu'il était arrivé à *Marbeuf*.

Il y avait là au milieu des collines, une mare ronde où le Bœuf Noir se tenait debout.

L'Enfant ravi regarda avec admiration et lui dit très poliment : – « Bonjour M. Le Bœuf. Pourriez-vous m'indiquer comment je dois faire pour délivrer la Muette ? » Le Bœuf sourit largement et s'approchant du bord lui dit d'une voix douce :

– « Enfin te voici ! Je t'attendais. Sache que nous sommes tous envoutés et que si tu délivres la Muette tu



Marbeuf.

nous délivreras tous du même coup et toi aussi tu seras désenchanté et nous verrons les vraies choses. Il suffit pour cela que tu aies du courage. Je t'aiderai le plus que je pourrai dans les trois épreuves qui t'attendent. Mais avant tout il faut que tu retrouves la bille que tu as perdue il y a longtemps. Quand tu seras dans un grand péril, pense très fort à ton but et serre la bille dans ta main gauche. – « Adieu petit Enfant, en partant fais bien attention de passer entre les deux colonnes. »

L'Enfant remercia le Bœuf, lui dit adieu et, tournant la tête, il vit devant lui les ruines d'un ancien palais.

M A M

Dès qu'il fut passé entre les deux colonnes il se trouva à *Michel-Ange-Molitor* à l'endroit où il avait jadis joué aux billes... « C'est vrai que j'en avais perdu une en ce temps-là ; c'était une belle bille de verre avec, à l'intérieur, une torsade de couleurs. Oh ! je m'en souviens bien ! Mais, où est-elle maintenant ? Comment la retrouver ? Il cherche dans les herbes, sous les pierres, partout, mais il ne trouve rien. Désolé, il s'assied sur le rebord de la fontaine – Va-t-il échouer ainsi, tristement avant même d'avoir commencé sa grande aventure ? Mais, que voit-il



Michel-Ange-Molitor.

quand il lève les yeux ? Un petit ange qui se balance en l'air tenant la bille dans sa main : Il la lui lance en souriant !

Que l'Enfant est content ! Il regarde sa jolie, sa précieuse bille ; c'est bien la même toute rose et bleue en dedans.

L'enfouissant dans sa poche il court vers d'autres enfants qui jouent dans le jardin. Il voudrait jouer avec eux ; mais... comme ils changent ! Ils grandissent à vue d'œil ! Oh comme ils deviennent bizarres ! Ils ont des hauts de forme et des moustaches en croc !



Ah ! Ce sont les Gobelins ! Il les reconnaît bien ; s'il pouvait se cacher avant qu'ils le voient... – Trop tard ! – « Qu'est-ce que c'est que cet avorton, » dit l'un d'eux, « je vais le toucher du bout de ma canne et il deviendra un poupon de bois qui nous servira de jouet. »

Tous se précipitent sur lui, ils vont l'assommer...

L'Enfant ferme les yeux et il se souvient de ce que lui a dit le Bœuf Noir – « Au moment du danger pense à ton but et serre la bille dans ta main gauche » – « C'est ma première épreuve sans doute » – Serrant sa bille il pense alors à la Muette et à tous ceux qu'il doit délivrer.



Les Gobelins.

– Plein d’angoisse il attend les coups terribles des Gobelins.

MD

Trrruitt... Trrruitt... c’est un oiseau qui chante à son oreille Trrruitt... Trrruitt... Il entr’ouvre un œil : l’oiseau est perché sur la canne du Gobelin ! C’est étrange ! Il ouvre les yeux tout grands : mais, elle a des feuilles cette canne ! C’est une branche et l’oiseau est tout près de lui. Ils sont tous les deux en haut d’un arbre à *Mouton-Duvernet*. Le petit oiseau s’envole. L’Enfant regarde, il lui semble qu’il y a encore des Gobelins par là ; mais non, ce sont les troncs de vieux saules, au bord de l’eau. Des brebis paissent dans une belle prairie, gardées par un berger ; descend de l’arbre il court à sa rencontre.

– « Tu as l’air fatigué, Enfant, » dit le Berger, « repose-toi avec moi, goûte mes jolis fromages ronds arrosés de ce bon petit cidre. »

L’Enfant très faim, c’est vrai, il y a longtemps qu’il n’a rien mangé et ils sont bien assis là, ensemble, sur l’herbette.

Puis le Berger le mène voir son agneau favori. « C’est le plus beau du troupeau et je l’ai installé comme un petit roi sur son tapis, entouré de feuillages. »



Mouton-Duvernet.

« Beû... beû... » fait l'agneau dès qu'il voit l'Enfant et se relevant il le regarde comme s'il voulait lui faire comprendre quelque chose. Puis il s'en va, il part, il prend le chemin des collines et de temps en temps il s'arrête et regarde en arrière.

– « On dirait qu'il t'appelle » dit le Berger étonné, « tu dois le suivre. »

L'agneau va toujours trotinant et l'Enfant derrière lui jusqu'à un bois touffu au-delà des collines. Là il s'arrête et de la patte il désigne un sentier ombreux.

– « Va par là » semble-t-il dire.

– « Oui, j'ai compris, j'irai par ce petit chemin là », lui répond l'Enfant, « maintenant tu peux retourner vers ton berger, cher petit agneau » et s'agenouillant dans l'herbe il baise la jolie tête frisée.

CF

Il s'engage dans le bois. Tout est vert autour de lui ; on voit de la lumière entre les branches, il doit y avoir une clairière par là. A mesure qu'il avance les feuilles deviennent rares et jaunissent, les fleurs se dessèchent et il n'y a plus de mousse, il n'y a plus d'arbres et bientôt il s'aperçoit que ce qu'il avait pris pour une clairière était *Campo-Formio*.

C'était un désert étrange. Tout était



Campo-Formio.

calciné par un soleil rouge et brulent.

Plein d'inquiétude l'Enfant s'avance, enfonçant dans le sable, dont le croûte légère craque sous ses pieds. A peine a-t-il fait quelques pas que de chaque trou noir sort une énorme fourmi volante. Horreur ! en voilà une qui vient sur lui, qui grimpe sur sa jambe, une autre colle à son bras ! elles arrivent toutes maintenant, avec leurs gros yeux ronds et leurs antennes frémissantes !

L'Enfant est terrifié ; il est tout seul avec ces affreuses bêtes. Tout tremblant il fouille dans sa poche pour chercher sa bille. Si elle allait lui manquer ! Il la touche enfin, il la tient toute ronde dans le creux de sa main gauche ; faisait un grand effort il pense à son but et serre sa bille.



Alors il voit non loin de là des bâtiments qu'il n'avait pas remarqués d'abord et qui brillent maintenant dans un rayon de soleil : ce sont *Les Tuileries*. Là il va trouver un refuge. Secouant les fourmis, il court de toutes ses forces ; enfin il retrouve un sol ferme, on n'enfonce plus ici dans le sable brûlant du désert, il respire ! Mais il faudra pourtant le traverser ce



Les Tuileries.

désert ; il faut en sortir ; comment faire ? comment, surtout se défendre des horribles fourmis volantes ?

Il se met à réfléchir et voilà que les tuiles bien cuites, arrondies et luisantes, rangées en belles piles, lui suggèrent une idée. Il en prend plusieurs et les met autour de lui : elles tiennent très bien et s'ajustent à son corps comme une armure ; il en met à ses pieds sur sa tête et, tout caparaçonné il sort de son abri, s'aventure dans le désert et le traverse sans que les fourmis puissent le toucher.

Mais quelle terrible chaleur sous cet ardent soleil ! Il est comme une tortue qui cuit dans sa carapace. Courage ! Voici le bord des sables, c'est la fin de son supplice ; il y arrive enfin et jetant son armure de tuiles il sent un air frais qu'il respire avec délices.

BA

O bonheur ! c'est le *Bel-Air* ! Là poussent des saules magiques ; ceux qui s'asseyent à leur ombre sont aussitôt guéris de toutes leurs fatigues et de tous leurs ennuis. C'est pour cela que les bonnes gens du quartier viennent toujours dans la gloriette, le soir après dîner.

L'Enfant y rentre aussi. Dès qu'il s'assied sur



Bel-Air.

le banc il est tout rafraîchi et reposé : il pense sans crainte aux Gobelins, aux fourmis, et se sent plein d'entrain pour continuer son voyage. On est bien là, certes, il y fait bien bon, mais il ne faut pas s'attarder davantage. Se levant, il reprend sa route, droit devant lui. Il marche, il marche, traversant beaucoup d'endroits qu'il ne reconnaît pas ; il cherche un indice, un signe qui lui montre qu'il est dans le bon chemin. Mais... d'où viennent ces rugissements épouvantables ? Il s'approche, guidé par les cris, il entend des piétinements furieux.

6

Il s'approche encore un peu et enfin il voit, derrière un buisson, deux grandes bêtes entremêlées dans un terrible *Combat* ; l'une jaune comme un grand lion terrasse une espèce de sanglier noir déjà à demi étranglé. Le pauvre chevreau qu'elles se disputaient respire encore.

Effrayé l'Enfant n'a pas le temps de fuir : le lion le voit et se jette sur lui. D'un coup de son énorme patte il le renverse ; l'Enfant sent le souffle de la grande gueule tout contre lui ; il étouffe, comment échapper ? C'en est fait de lui ! En un instant il pense à tous ceux qui resteront envoûtés s'il meurt. Peut-être sa bille le tirerait-elle de ce



Combat.

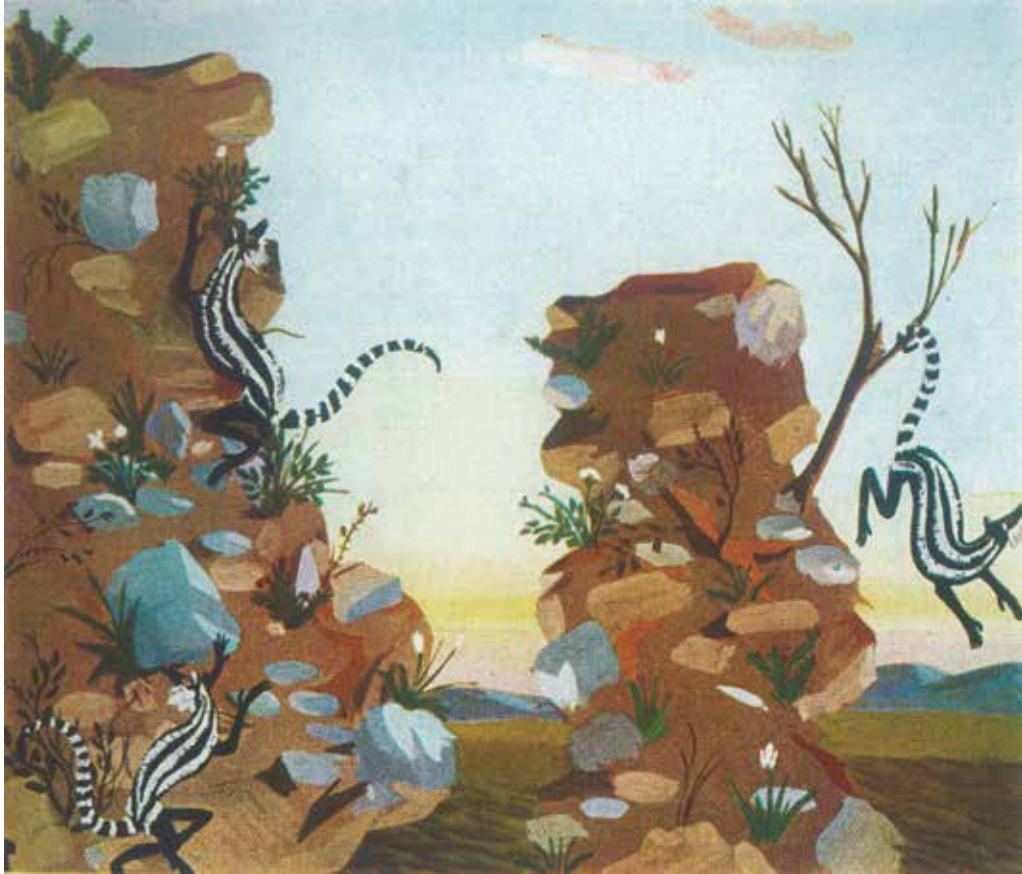
terrible danger ? Il la cherche de la main ; hélas ! le lion la tient sous sa griffe, tout semble perdu cette fois...



Alors il entend des cris stridents, tout proches, – le lion aussi les entend ; il détourne un instant la tête : ce sont de grandes bandes de Mesnils qui courent sur le haut des roches de *Ménilmontant*, qui grimpent sur les arbres et qui font bientôt pleuvoir sur le lion un déluge de cailloux et de morceaux de branches. L'un d'eux lance très fort une noisette qui frappe le lion à la prunelle de l'œil. La douleur subite le fait reculer avec un cri terrible ; vite l'Enfant saisit sa bille, la passe dans sa main gauche, la serre, la serre...



Il n'étouffe plus... ce poids si lourd, il ne le sent plus... il se redresse un peu, sur un coude : il n'y a plus ni lion ni sanglier ; mais le chevreau est toujours là, debout dans un cercle enchanté, il est tout blanc ; comme son œil brille ! On dirait une petite flamme ; et ce n'est plus un chevreau ! C'est une petite fille en robe blanche qui tient un cierge allumé à la main. C'est *Faidherbe-Chaligny*.



Ménilmontant.

La Petite Fille Blanche est douce et gentille ; elle souffle son cierge et le laisse dans l'herbe, puis elle s'approche de l'Enfant, lui souriant comme si elle le connaissait déjà depuis longtemps : « Enfin tu es venu ! Donne-moi la main, je vais te conduire ou tu dois aller. Mais avant d'entreprendre quoi que ce soit, il faut que tu aies le Ruban Bleu. Voici à quoi tu le reconnaîtras : il est très long, tout bleu et voltigera dans l'air. Dès que tu le verras, saisis-le et emporte-le avec toi. »

6

Tout en parlant elle l'entraîne de plus en plus vite, de plus en plus vite, ils courent, ils bondissent, ils volent presque. L'Enfant est ravi, il fend l'air, cependant il entend bien ce qu'elle lui dit ; il veut lui parler encore, mais déjà ils arrivent à *Courcelles*.

Il y a là plusieurs fillettes qui font une ronde ; chacune tient à la main un long ruban qui pend du haut d'un arbre de Mai. Elles tournent vite, vite, échangeant leurs rubans et toutes les couleurs s'entremêlent. L'Enfant guette leur jeu, très attentif. Qu'elle est celle qui tient le Ruban Bleu ?

Comme si elles lui répondaient les petites



Faidherbe-Chaligny.

filles s'écrient l'une après l'autre : « C'est Françoise – C'est Nanou – C'est Thérèse – C'est Annie – C'est Catherine » – Elles rient aux éclats pendant que les rubans vite, vite changent de main.

Mails lui veut avoir son ruban ; il le voit soudain briller parmi les autres et, se précipitant dans la ronde, il grimpe jusqu'en haut du mât.

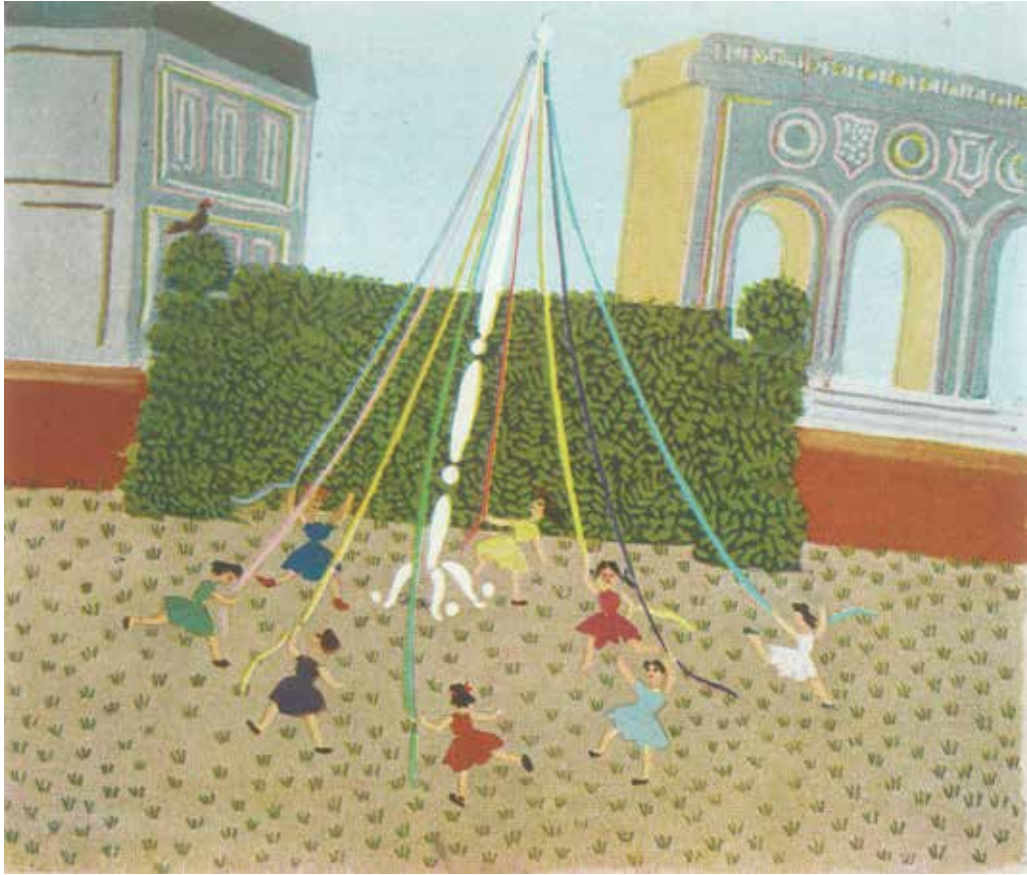
Les petites filles effarées partent en courant et il se trouve seul au milieu des longs rubans multicolores qui voltigent en l'air. Dès qu'il le touche le Ruban Bleu s'enroule à son poignet.

Triomphant, il se laisse glisser jusqu'à terre et rejoint la Petite Fille Blanche qui l'attendait.

6

Ils reprennent leur chemin et arrivent à *Chevaleret*.

Là de petits chevaux libres et bondissant courent dans l'herbe fleurie de lavande. L'Enfant les regarde avec joie, il s'élance pour monter sur l'un d'eux ; mais le cheval piaffe et le renverse ; il se relève aussitôt, il veut recommencer avec un autre cheval – « Prends le Ruban Bleu » lui crie la Petit Fille, « et attache-le à la queue de celui que tu auras choisi. »



Courcelles.

C'est le noir qu'il choisit ; il s'en approche, le touche avec le ruban et le petit cheval devient aussitôt doux comme un mouton. L'Enfant lui fait un joli nœud à la queue et, sans savoir comment, il se trouve en selle et le cheval part comme un trait, l'emportant loin de la prairie... – « Adieu, adieu, Petite Fille Blanche ! » Il se retourne pour la regarder ; elle lui fait signe de la main, mais déjà elle devient toute petite...

MB

Le petit cheval noir l'emporte à travers des pays inconnus. Il sent qu'il s'approche du but, son cœur bat, il excite encore le cheval par ses cris. Ils traversent en galopant des champs et des forêts, d'autres champs, d'autres forêts, jusqu'à un plateau désert où se trouve une maisonnette isolée. Là le petit cheval s'arrête net.

« C'est la *Maison-Blanche* » pense l'Enfant ; personne ne le lui a dit et pourtant il sait que la Muette est là.

Il saute à terre, court à la porte, frappe, frappe ; mais ses coups ne font aucun bruit ; c'est comme s'il frappait dans du coton ; étonné, il regarde sa main :



Chevaleret.

elle est tout à fait comme à l'ordinaire ; il faut essayer encore, il frappe de toutes ses forces, mais toujours dans le même silence. Les fenêtres sont fermées. Il tourne autour de la maison mais par derrière il n'y a que les murs impénétrables du jardin ; des branches passent par-dessus et s'agitent dans le vent, sans faire aucun bruit ; il y a des oiseaux mais on n'entend pas de chants.

Il voudrait appeler, crier, mais aucun son ne veut sortir de sa bouche. Alors il comprend.

LM

Il est vraiment chez la *Muette* et tout est muet autour d'elle.

L'enfant écoute ; il lui semble que le moindre bruit pourrait rompre le sortilège ; mais rien, pas un murmure. Tout le voisinage baigne dans un silence enchanté.

Et voilà que tout près de lui une toute petite voix claire crie : – « Lance-moi ! Lance-moi ! » – Quelle joie ! quelqu'un a parlé ! Mais, qui ? – Il regarde autour de lui : il n'y a personne. – « Lance-moi ! Lance-moi ! » entend-il encore. Alors il s'aperçoit que la petite voix vient du fond de sa poche. C'est sa bille magique qui lui parle. – « Elle veut m'aider encore, se dit-il, mais je ne veux pas lancer



Maison Blanche.

ma chère bille, je ne veux pas la perdre ! » Il la tire de sa poche et regarde ses jolies couleurs. On ne croirait pas qu'elle puisse parler, à la voir, et pourtant elle insiste et pour la troisième fois elle crie : – « Lance-moi, lance-moi ! »

Il se décide enfin et la jette de toutes ses forces contre un des fenêtres. La bille passe comme une balle à travers le carreau y faisant un trou rond par lequel sort une minuscule clef d'or qui vient tomber aux pieds de l'Enfant. Il la prend dans la main et, la regardant, il voit, gravés dans l'or, les mots : « Je délivre. »

Dès qu'il essaye la clef la porte s'ouvre. Il entre ; la maison est sombre, il ne voit personne. Chaque porte, chaque fenêtre qu'il touche de sa petite clef s'ouvre aussitôt, mais tout est vide, et le soleil en entrant n'éclaire que les tourbillons de la poussière suspendue dans l'air...



Enfin, passant par une porte basse, au fond de la maison, il se trouve dans un grand jardin, triste et desséché.

La Muette est là, assise, désœuvrée. Elle se lève aussitôt, court vers lui et l'embrasse en pleurant. Mais elle a l'air épouvantée... Que craint-elle ? Elle lui fait signe d'écouter... Un bruit sourd secoue la terre, on dirait le pas



La Muette.

d'un géant. L'Enfant tremble, il devine... et voici qu'arrive l'affreux géant Pelleport. Qu'il est laid ! Il a l'air d'un sanglier. Il tient encore dans la main une tourterelle qu'il était en train de dévorer vive quand il a senti, de loin, que son maléfice était détruit. Il est accouru aussitôt, il en est essoufflé. – «Jevousétranglerai» crie-t-il, foudroyé et déjà il étend ses immenses mains sanglantes, quand l'Enfant, s'approchant, lui touche le genou avec sa petite clef d'or.

Aussitôt le géant s'écroule, foudroyé. Étendu par terre, comme un grand tronc d'arbre, il tient presque toute la longueur du jardin. Une odeur de soufre se répand dans l'air, le sol devient brûlant et craque montrant le feu de l'intérieur de la Terre.

D R

La Muette et l'Enfant stupéfaits regardent les flammes qui sortent des crevasses et voilà que, levant la tête ils voient se dresser devant eux les pics de *Denfert-Rochereau*.

Du haut des rochers mille diabolotins s'élancent en criant, ils entourent le corps du géant, l'entraînent – comme les fourmis charrient leurs œufs – et le jettent dans un des précipices, qui se referme sur lui.



Pelleport.

Dès que le géant a disparu le jardin se transforme ; les feuilles reverdissent, les fleurs poussent et ouvrent leurs corolles, les oiseaux chantent, la fontaine se met à couler – mais la Muette ne parle toujours pas.

Elle prend l'Enfant par la main et, l'entraînant vers l'eau, elle lui fait signe de lui en donner à boire. Il plonge avec joie sus deux mains dans la vasque. Que l'eau est claire ! Qu'elle est fraîche et légère ! Il joint bien les doigts, pour en garder le plus possible dans les creux de ses deux mains ; la Muette lui sourit, elle se penche et boit une gorgée.

Aussitôt elle retrouve la parole : – « Cher petit garçon », dit-elle, je t'attendais depuis bien longtemps. Tu m'as délivrée et bientôt tu pourras voir que tu es toi-même désenchanté. Mais auparavant, je veux te montrer mon pays natal. » Alors, se tournant vers la maison elle appelle doucement, comme si elle chantait : « Kara ! Kara » ; et voici qu'arrive, d'un trot léger le joli cheval noir avec son nœud bleu à la queue ! L'Enfant est ravi de le revoir et court le caresser, mais, dès que ses doigts l'effleurent, il se trouve monté dessus, sans savoir comment, comme la première fois quand il était dans la prairie. La Muette aussi est assise devant lui sur le petit cheval qui s'élance



Denfert-Rochereau.

aussitôt et arrive d'un seul bond à...

SB

Sèvres-Babylone.

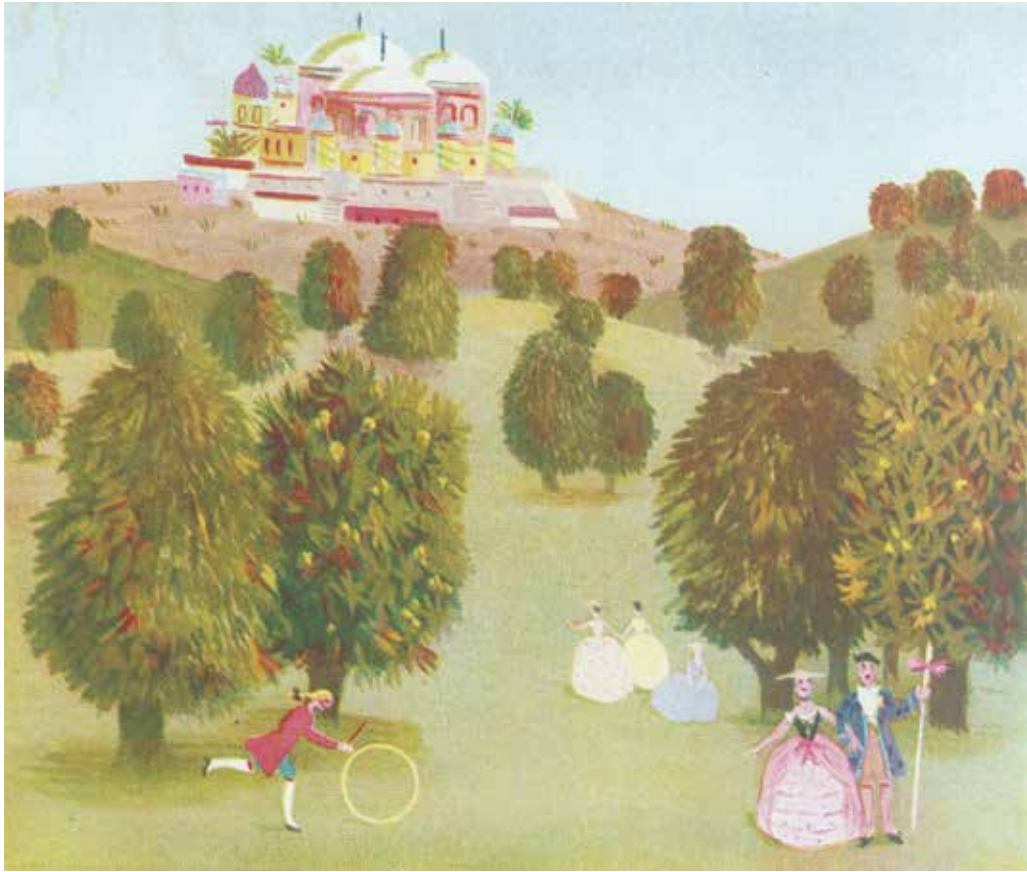
Voici le magnifique palais où vivait la Muette avant d'être envoûtée. Un instant ils le voient du haut des airs, ils admirent les murs de marbre rose, les coupoles d'un doux vert amande... mais déjà le cheval s'arrête devant l'entrée principale, et ils mettent pied à terre.

Dès que Kara se sent libre, il piaffe et bondit, et s'élançe vers les prés et les bois. Mais l'Enfant ne pense plus à lui : il visite, émerveillé plus de mille chambres et salons aux murs couverts de tissus précieux et de tapis d'Orient, par les grandes fenêtres il voit les arbres et la campagne, au loin.

La Muette n'est plus muette ; elle est très contente, elle n'est plus pâle et triste et l'Enfant se réjouit de la voir si joyeuse.

– « Je veux faire une grande fête, dit-elle, pour célébrer notre délivrance. Invite ceux que tu voudras ; pense bien à tous tes amis et n'oublie personne. »

Les serviteurs de la Muette sont déjà en train de préparer le bal devant la façade du palais ; ils suspendent



Sèvres-Babylone.

partout des banderolles et des lampions, dressent des kiosques pour la musique, des tables chargées de gâteaux, de glaces et de fruits. Ce sera une belle fête !

L'Enfant réfléchit ; il voudrait se souvenir de toutes les personnes qu'il a vues dans le Métro, de tous ceux qu'il a rencontrés dans son voyage et qui l'ont aidé ; les bons voisins de Villiers, le vieux Contrôleur à barbe blanche... Mais... les voici qui arrivent ! Et voici le Père La Chaise au bras de son ami Député ! A mesure qu'il pense à eux ils viennent ! Voici la Petite Fille Blanche et toutes les fillettes qui dansaient autour de l'arbre de Mai, et le Berger avec son bel agneau et mille et mille autres encore. Tous sont gais, contents de se retrouver – car ils se connaissent tous, dans le Pays – ; c'est un brouhaha de saluts et de cris de joie. Puis on se disperse, par groupes ; riant et chantant aux sons de la musique.

Il y a de plus en plus de monde dans la *Place des Fêtes*, on rit, on danse, la fête est superbe ; l'Enfant court de l'un à l'autre, reconnaissant chacun, fêté par tous. La musique et les chants deviennent de plus en plus éclatants, c'est un véritable tapage, tellement que...



Place des Fêtes.

L'Enfant s'éveille...

Étonné il ne voit plus personne autour de lui. Il a encore dans l'oreille le son des cymbales et des violons, mais la fête s'est évanouie. Tout est calme. Qu'il fait bon ici ! qu'il y fait doux ! Où est-il ? Il regarde. Quelle est cette lumière inconnue ? Quel éclat magnifique ! Tout brille. Est-il au pays des fées ? Il étend la main vers cette colonne dorée, elle est chaude et douce.

Que s'est-il passé ? – Où est-il ?

Il est dans sa maison à la campagne et un rayon de soleil passe par les volets entr'ouverts.

Sa mère l'a retrouvé enfin, endormi sur une banquette du Métro et l'a sorti de sous la terre.

La lumière l'éblouit, d'abord. Mais jour après jour, sa mère lui apprend à voir les choses que le soleil éclaire. Elle le mène dans le jardin d'abord, puis dans les champs, puis dans les bois. Elle lui fait reconnaître les quatre saisons qui se suivent comme une ronde, chacune à son tour. Peu à peu, il voit avec émerveillement qu'il est dans un monde plus ravissant que tout ce qu'il avait imaginé, un monde où l'on vit entouré de rayons, où une lumière, mille fois plus brillante que des milliers de lampes, donne à chaque chose une couleur différente, où dans le moindre espace, pousse tout seul un tapis plus fin, plus doux que

le velours, orné d'une multitude de broderies et de perles multicolores : les pâquerettes, les boutons d'or, les bêtes à Bon Dieu, qui grimpent jusqu'au bout des brins d'herbe. Au-dessus passent des bijoux volants, tout frais sortis de la chrysalide dorée où ils avaient dormi.

Puis la neige, blanche comme le sel, couvre la plaine, les collines et tout l'horizon d'un immense manteau. D'autres fois, la lumière s'obscurcit ; les nuages qui courraient dans le ciel s'assombrissent, l'on entend des rugissements terribles et des épées de feu traversent tout l'espace, éclairant des franges étincelantes qui glissent du ciel vers la terre. Tout se calme ensuite et l'on éprouve un grand bonheur. L'air redevient léger et le premier rayon fait apparaître au-dessus de toute la terre un arc magnifique aux sept couleurs transparentes.

L'Enfant et sa mère étaient, avec nous, dans un monde merveilleux.



